

GENEROSIDAD Y FORTALEZA

La fortaleza tiene dos dimensiones; una es la capacidad de resistir en la adversidad, que se muestra haciendo el último esfuerzo para subir a la cumbre o continuar estudiando hasta la hora prevista. La otra dimensión es la capacidad para acometer tareas arduas, difíciles y que requieren esfuerzo.

La generosidad es salir de uno mismo para darse a los demás. A lo largo del día son muchas las ocasiones en la que podemos optar por salir de nuestro yo y atender al otro: poner atención en la consulta de otra persona, darse cuenta que alguien necesita una ayuda que le puedo prestar, al llegar a casa estar más pendiente de lo que les importa a los otros, que de lo que me apetece a mí. En esta actitud, que puede parecer obvia, se puede ganar o perder. Para todos es posible mejorar en los dos aspectos, ser más delicados al darse a los demás o más fuertes ante la dificultad.

¿A CAMBIO DE QUÉ?

Contaba una persona que había dado una conferencia a un centenar de adolescentes; las circunstancias no eran fáciles: habían terminado los exámenes trimestrales y venía un puente a continuación. Era el final de la tarde y los alumnos estaban esperando a que sonaran los timbres para salir corriendo del centro educativo. El ponente, al entrar en el auditorio y mientras la directora le

presentaba, se hizo cargo del público que tenía delante y las expectativas sobre la sesión que tendrían a continuación.



Entre los relatos que les contó, estaba uno verídico, en el que narró cómo al terminar la Segunda Guerra Mundial en Polonia los nazis abandonaron un campo de concentración durante la noche, en su precipitada huida del ejército que pocas horas después llegaría allí. Al amanecer se fueron reuniendo los supervivientes y al ver que no había nadie vigilando ni ofreciendo alimento, salieron por la pequeña carretera que unía ese campo con un pueblo cercano. Edith, que relata el suceso, cuenta cómo llegó extenuada a la estación de ferrocarril, no lejos del lugar donde había pasado los dos últimos años y en donde habían sido asesinados los otros miembros de su familia. Al llegar a la estación, se apoyó en la pared y se deslizó hasta el suelo: no tenía dinero para comprar nada ni fuerzas para hacer otra cosa. El conferenciante continuó la narración explicando cómo un joven se acercó a la joven, primero con una bebida caliente y luego con un pequeño bocadillo de queso. Lógicamente la chica no tenía con qué pagar ese servicio. En ese momento, una

de las asistentes a la conferencia, preguntó en voz alta: ¿Ése por qué hacía eso?

¿Le pagaba alguien? El ponente tardó unos segundos en reaccionar y contestó: **Lo hacía**

para ayudar a los demás y gastaba el escaso dinero que tenía después de

haber trabajado meses en una dura tarea manual. La respuesta de la chica es inolvidable: ¡Qué ganas de meterse en líos! No es difícil percibir que esa chica no se había educado en un entorno en el que predominara la gratuidad al actuar.

Hacer algo sin recibir un beneficio a cambio no entraba en su cabeza. Más que juzgar con dureza ese comentario, inspira pena.

En otro contexto, escribía un excelente periodista un artículo en el que relataba que cada día subía las

muchas escaleras que hay desde la plaza inferior hasta la catedral de Santiago de Compostela. Ante la cantidad de mendigos que se sitúan en ese tramo de escaleras, había optado por subirlas cada día con el móvil, manteniendo una supuesta conversación que le permitiera llegar arriba sin sentir las miradas de los que estaban esperando limosna. En Compostela llueve con frecuencia, pero un día debía llover más, porque al entrar en la catedral el narrador del suceso sintió una punzada en su corazón: había visto una señora mayor mojándose en las escaleras. Ante esto, cogió su cartera, sacó un billete de 20 euros y se volvió hasta donde estaba ella y le dio el billete.

Todos cada día notamos mirada de mendigos; es posible pasar mientras balbuceamos una excusa. No sé cuál es la actitud

La generosidad es salir de uno mismo para darse a los demás



mejor; cada día hay muchas personas pidiendo limosna. Sería grave que un día no nos fijáramos que están. Cada uno verá cómo afronta su colaboración hacia tantos necesitados que encontramos.

Al final ya del año de la misericordia, repasando las obras de misericordia, que el Papa Francisco ha animado a aprendernos de memoria, es lógico que piense qué hago para vivirlas.

Un matri-
m o n i o
contaba al
tutor de su
hijo que el
pequeño,
buen estu-
diante, exce-

lente compañero, tiene un carácter fuerte, además de dos hermanos adolescentes. Este niño de siete años en el colegio se porta muy bien, pero al llegar a casa explota con cierta facilidad; por una parte, durante el día acumula tensión y por otra, tener su edad y convivir con dos adolescentes significa pasarse el día recibiendo indicaciones y algún que otro comentario, propio de hermanos en esas edades.

Su tutor sugirió al niño algo que podía hacer: con una hoja de cuaderno, un pequeño cartel con los días de la semana y tenerlo a la vista. Cada noche, pondría en la casilla del día un punto verde si había resistido bien, sin protestar; un punto ámbar si había reaccionado mal una vez y un punto rojo si

había protestado de malas formas dos o más veces. Pocos días después, los padres coincidieron con el tutor de forma fortuita. Le comentaron lo que estaba haciendo su hijo y los tres se dieron cuenta que con siete años había captado perfectamente la idea y la estaba llevando a cabo con precisión. De común acuerdo, vieron que sería oportuno darle oportunidades de gastar energías

en su deporte favorito, para que no fuera acumulando tensión como consecuencia de la lucha diaria.

¿Cuál es el motor que mueve a ese

niño en su esfuerzo? Hacer la vida más amable a su familia.

El motor para salir de uno mismo y darse a los demás de la forma adecuada, o esforzándose para lograr una meta ardua debe de ser poderoso, de lo contrario, o su efecto será poco duradero en el tiempo o la intensidad será baja. Los ideales son un campo en donde encontrar motivos para ese esfuerzo.

Es muy conocida la respuesta de santa Teresa de Calcuta a una persona, que al ver la tarea que la religiosa hacía le dijo de forma espontánea: *yo eso no lo haría ni por un millón de dólares*. La respuesta de la santa fue rápida y breve: *No, yo por un millón de dólares tampoco lo haría*. Las motiva-



*En unos casos
es Dios la
razón última
por la que
hacemos
algunas cosas*

ciones, hemos escuchado muchas veces, un mundo en el que ya hay una cuarta pueden ser materiales o no materiales. Es cierto que hay voluntarios que realizan tareas estupendas sin retribución material, pero eso es compatible con que somos seres de cuerpo y espíritu y tenemos que comer todos los días,... A veces no solo comer sino dar de comer. Pero a las motivaciones materiales es posible sumar otras, extrínsecas de carácter no material: en unos casos es Dios la razón última por la que hacemos algunas cosas; en otros, hay personas que lo hacen por altruismo, sin motivos religiosos. Es compatible trabajar bien para sostener a la familia y ofrecer ese trabajo a Dios.

Cada uno debe descubrir los motores que funcionan en su vida; la constancia en el darse suele estar más relacionada con algún tipo de amor: sponsal, hacia los hijos, de amistad, etc.

Sólo Dios es capaz de dar más que las madres, dicho así de forma breve y general, sabiendo que otras personas también pueden vivir el heroísmo de lo ordinario: quien nos atiende cada día en un servicio público y siempre sonríe, vecinos que son una delicia por su amabilidad al saludar, esperarnos junto al ascensor, prestar un pequeño servicio, etc.

La paciencia con las personas mayores requiere un alto nivel de generosidad. En

Hay miles de personas que son heroicas en ese darse continuo

edad, en la que abundan personas con limitaciones físicas o psíquicas serias, hay muchos hijos que son lo que se podría denominar *generación sándwich*; porque tiene que cuidar a sus padres mayores a la vez que atienden a sus hijos menores de edad.

Hay miles de personas que son heroicas en ese darse de continuo, sin tiempo casi para actividades legítimas pero para las que no encuentran tiempo. Es el heroísmo del día a día, más meritorio que una acción aislada para portada de periódico. Si el lector no pertenece a esa generación que está en medio de sus mayores y menores, puede realizar una obra de misericordia estupenda: cuidar al cuidador.

..... **JOSÉ MANUEL MAÑÚ NOAIN**

